La encarnizada lucha de los nachos

Álvaro Pedroche Arcones

Capítulo 1

Secuestrado. Si tenía que describir cómo me sentía en ese momento, sin duda secuestrado sería lo más acertado.

Lo que en principio debería haber sido una inofensiva reunión, se tornó en el mayor de los infiernos, en una situación agobiante repleta de ansiedad, miedo y sudor, mucho sudor.

Me agarré a la silla donde estaba sentado como si me la fueran a quitar. Mis brazos estaban tensos, al igual que mi espalda y mi cuello. Y lo único que pasaba por mi cabeza era salir de aquel lugar.

Hacía ya tiempo que había dejado de escuchar las voces de los presentes, y lo poco que escuchaba lo hacía como si estuviera metido en una cueva, al borde del desmayo.

Frente a mí, un hombre robusto con una camisa de cuadros que dejaba ver la canosa pelambrera del pecho que hacía juego con su barba de varios días, agitaba los brazos con bravura mientras intentaba hablar por encima de los demás. A su lado, una mujer de figura espigada, pelo minuciosamente recogido y unas gafas de pasta con cristales ovalados, le miraba iracunda con el ceño fruncido, como si fuera a saltar sobre él de un momento a otro.

El resto de los asistentes hablaban y cuchicheaban ajenos al tema principal que parecía querer dirigir el patriarca del grupo, pero sobre todo ajenos a mi terrible sufrimiento.

Por lo menos la agitación del momento me hacía pasar desapercibido, cosa que al principio de la noche hubiera dado por imposible.

La encerrona a la que me vi sometido hizo que, justo cuando se pusiera el sol, comenzara el despiadado interrogatorio. Con el vello de punta y la mandíbula apretada con todas mis fuerzas, sólo pensaba en salir de allí, de ese lugar que a mi juicio rebosaba hostilidad por los cuatro costados.

Siendo consciente de que estaba completamente atrapado, no me quedó más remedio que sucumbir a sus preguntas, algunas indiscretas, y rezar porque todo acabara pronto.

Cuando aparentemente les dije lo que querían oir, el hombre de la barba blanca me ofreció una silla. Silla de la que quería escapar, silla que me hacía sentir preso, silla que hacía que me estremeciera...

Discretamente miré hacia los lados de la sala donde nos encontrábamos, escudriñando cada rincón en busca de una salida. El barullo que me

rodeaba me daría una única oportunidad para escapar de allí, así que debía elegir bien tanto el momento como el lugar hacia donde dirigirme.

Creo que en mis 28 años jamás había estado tan nervioso. El nudo que tenía en la garganta apenas me dejaba hablar, y mis entrañas estaban al límite. Tenía la sensación de que de un momento a otro iba a explotar. O eso me indicaba mi corazón desbocado, que luchaba con uñas y dientes para no salirse de mi pecho.

Justo a mis dos en punto vi una puerta blanca de madera con un recargado pomo dorado. Por la ubicación en la que se econtraba y a juzgar por el tamaño de la sala a la que llevaba, sabía que ese era el lugar al que me tenía que dirigir.

Aproveché el momento en el que la mujer se levantó, lo que atrajo por unos segundos la mirada del resto del grupo, para deslizarme de la silla y correr hacia el pasillo que flanqueaba la sala, directamente a la puerta que había visto antes.

Por un momento el miedo que corría por mis venas se transformó en vegüenza al verme corriendo de puntillas casi sin doblar las rodillas y con el cuerpo más tieso que el palo de una escoba.

Recorrí los pocos metros que me separaban de mi salvación sin mirar atrás. Si alguien me veía, no quería saberlo, no en ese momento en el que acariciaba mi ansiada libertad.

Abrí la puerta intentando hacer el menor ruido posible, cuando mis ojos se empañaron en un mar de lágrimas al comprobar que estaba en lo cierto, que mis elucubraciones eran correctas. Había llegado a mi destino: el baño.

Antes incluso de llegar a la cena que había organizado Clara a mis espaldas, para conocer a su familia, los nachos con queso que había comido ese medio día en el Tex Mex Co. peleaban por abandonar mi cuerpo por un lado o por otro, les daba igual.

Fue cuando me enteré de la "particular trampa" de mi novia cuando la ira y frustración asentó un poco todo el percal que tenía en mi interior.

Con lo que no contaba era con la presión a la que me sometió su familia con su interrogatorio. Entiendo que yo era la novedad, pero de ahí a preguntarme cuántas veces me duchaba a la semana o que si cumplía en la cama con Clara... no sé, llamadme raro, pero normal normal no me parecía.

Entonces llegó el momento de "relax", el momento en el que todo acabó y nos sentamos a la mesa para cenar. Ese preciso instante en el que los

nachos, que parecían estar altergados, salieron de nuevo a la palestra para recordarme que un nacho jamás se rinde.

Mis tripas comenzaron a retorcerse y sentía cómo mi organismo luchaba con los insignificantes trozos de maíz para descomponerlos a la más mínima molécula. Lo malo de todo ese proceso era que la ferviente lucha encarnizada venía de la mano con otro factor casi tan imporante como los temibles retortijones: los gases.

Dios, sólo recordarlo me pone la piel de gallina. Me veía sentado en la silla, apretando los dientes y rezando por que el aire de mi interior se quedara donde estaba, al menos hasta que pudiera averiguar dónde estaba el baño. De pronto noté cómo por mis intestinos se escurrió una pequeña bola de aire, que bajaba cual vagón en una montaña rusa. Estaba a punto de encontrar su acceso al exterior, cuando sacando fuerzas de no sé dónde, logré cerrar las compuertas a tiempo.

No me quedaba demasiado tiempo. Ese esfuerzo casi hace que mis ojos salieran de sus cuencas, cosa que tampoco me habría importado, ya que ver cómo discutían los padres de Clara no era algo por lo que pagaría por ver...

Ahora ya estaba en mi paraiso particular y me sentía como si hubiera descubierto una antigua sala de algún faraón egipcio repleta de tesoros. Lo único, que las vasijas de oro y las joyas de esmeraldas y rubíes eran en esa ocasión un magnífico inodoro de porcelana blanca, que combinaba a la perfección con el lavabo, la bañera e incluso con el bidé.

Me incliné con la ilusión de un niño antes de abrir un regalo en Navidad, cuando en el momento en el que los nachos iban a abandonar mis entrañas, el silencio más absoluto se hizo en el salón.

Era como si todos se hubieran puesto de acuerdo para dejar de hablar al mismo tiempo.

La situación no podía ser peor. Pocos centímetros separaban los nachos, o lo que quedaba de ellos, del agua azulada del inodoro.

- Yo tampoco me he dado cuenta -escuché decir a la madre.

-Lo mismo está en el baño -añadió uno de los hermanos de Clara.

-¡Creo que sí! La puerta está cerrada -gritaba con cierta ilusión su hermana mayor mientras aporreaba la puerta del baño, como si estuviéramos jugando al escondite y me hubiera encontrado.

Las venas que se maraban en mi cuello se contaban por decenas y mi

abdomen ya no podía aguantar más aquella situación.

Tras varios agónicos segundos me di por vencido. Los nachos se despidieron de mí, no sin morir luchando, pues al impactar con el líquido y azulado elemento, salpicó hasta el más recóndito de mis rincones.

Me relajé por completo, escuchando de fondo el martilleo de la hermana de Clara contra la puerta, que ya había decidido ignorar.

Como colofón final, la bola de gas que había estado vagando por mi interior, también decidió formar parte del amplio elenco de actores de mi pesadilla particular, y salió sin esperarlo, regalando a todos los asistentes (y estoy seguro que también a algún que otro vecino) uno de los Do Mayores más potentes que jamás había escuchado.

Me recosté sobre la cisterna con una amplia sonrisa de satisfacción. No sabía con lo que me iba a encontrar fuera, pero como siempre digo: "que me quiten lo bailao".

Me limpié minuciosamente mientras pensaba es mi siguiente actuación fuera de la seguridad de mi sala del faraón.

¿Debería actuar como si no hubiera pasado nada? Imposible.

¿Debería pedir disculpas? ¿Disculpas por qué?

Entonces me lié la manta a la cabeza y salí con la barbilla bien alta y con el pecho hinchado de orgullo. Al fin y al cabo aquella ventosidad había sido digna de récord.

En el salón todos me miraban con los ojos como platos y la boca abierta (no esperaba menos). Tras un leve carraspeo para aclararme la garganta sólo pude decir:

-Si queréis despediros, aún hay tiempo y merece la pena. Ah, y que el último tire de la cadena.

Después agarré a Clara de la mano y desaparecimos por la puerta. Curiosidades de la vida, se me habían antojado unos nachos con queso.